

y desordenados, y siempre estaban faltos de recursos, á pesar de sus considerables rentas (1). Todo aquel que poseía quinientos ducados de renta podía instituir un mayorazgo, aun en perjuicio de los herederos naturales y legítimos; esta costumbre se extendió considerablemente, y cada pequeño mayorazgo y sus parientes se consideraban demasiado buenos y selectos para el trabajo. Este, por otra parte, estaba muy limitado, á causa de que de los días del año, la tercera parte eran días de fiesta civil ó religiosa y estaban por tanto destinados á la holganza. Ya en el siglo xvi un súbdito y amigo de los españoles, Campanella, decía: «Los españoles son perezosos, no solo en la agricultura, sino en todo lo que son artes mecánicas.» Los campos permanecían yermos, la fabricación decaía, los italianos monopolizaban el tráfico del oro y el resto de la industria, y el comercio estaba en manos de los franceses. En los puertos españoles, en los cuales habían estado anclados en 1586 mas de mil grandes buques y mas de mil quinientas embarcaciones menores, el pabellón español se veía cada día mas humillado por los de Holanda é Inglaterra. La navegación de los catalanes, en otro tiempo la mas importante del Mediterráneo, había perecido por completo (2), pues convencidos todos de la superioridad de los extranjeros, solo de géneros extranjeros querían servirse; y esto tomó en el comercio tales proporciones que las cinco sextas partes de los negocios mercantiles de la península y las nueve décimas partes de los de América estaban en manos de extranjeros.

La pereza no menos que la devoción llevaban á hombres y mujeres á los conventos, y la vanidad no menos que la piedad inducían á los magnates y á los ricos á hacer continuas fundaciones religiosas, produciendo consecuencias deplorables para el bienestar material del pueblo. El clero, durante el reinado de Felipe II, disfrutaba de una renta anual, producto de bienes inmuebles, que reducida al valor actual de la moneda no bajaría de quinientos millones de reales. Veinte años despues había 9,000 conventos de hombres con 70,000 frailes, y el número de conventos de monjas era aun mayor. El número de sacerdotes era de 200,000, es decir, la cuadragésima parte de la población total; y la mano muerta tenía monopolizados innumerables bienes. De suerte, pues, que 700,000 nobles y curas, en una nación de 8 millones de habitantes, ó sea el 8 y $\frac{3}{4}$ por ciento de la población total, estaban alejados de toda ocupación productiva, y hay que agregar todavía los soldados y los empleados. El rey por sí solo podía conferir 70,000 destinos (3), que con las mujeres y niños correspondientes formaban otros 300,000. En suma, de los ocho millones de habitantes había un millón que vivía del trabajo de los restantes.

Además de esto, los innumerables funcionarios procuraban enriquecerse rápidamente á costa de los infelices labradores é industriales, y su conducta infame se veía favorecida por la confusión y el desorden que en la legislación reinaban. Felipe publicó una «Nueva Recopilación», pero esta adolecía de falta de sentido práctico; era propiamente un caos, en el cual los decretos se sucedían sin orden alguno y aun muchas veces se contradecían. De aquí que, en el fondo, la ley suprema fuese el capricho de los jueces, y este capricho las mas de las veces se vendía. El juez podía dirigir el procedimiento á su antojo, pues le era permitido aplicar á los testigos el tormento, consiguiendo de este modo que confesaran lo que él quería. Esto explica la repugnancia que todo

(1) Relaciones de Donald, Priuli y Fr. Soranzo.

(2) Véanse Fr. Soranzo, Campanella, Moncada y Ulloa en su *Restablecimiento de las fábricas y comercio españoles* (Madrid 1740).—Ranke: *Príncipes y pueblos*.

(3) Navarrete: *Conservación de Monarquías*. Discursos, 25, 46.

el mundo tenía á entrar en relaciones con la justicia, aun como simple testigo, y que todos evitaran acudir al auxilio de una persona atacada para no ser luego llamados á declarar.

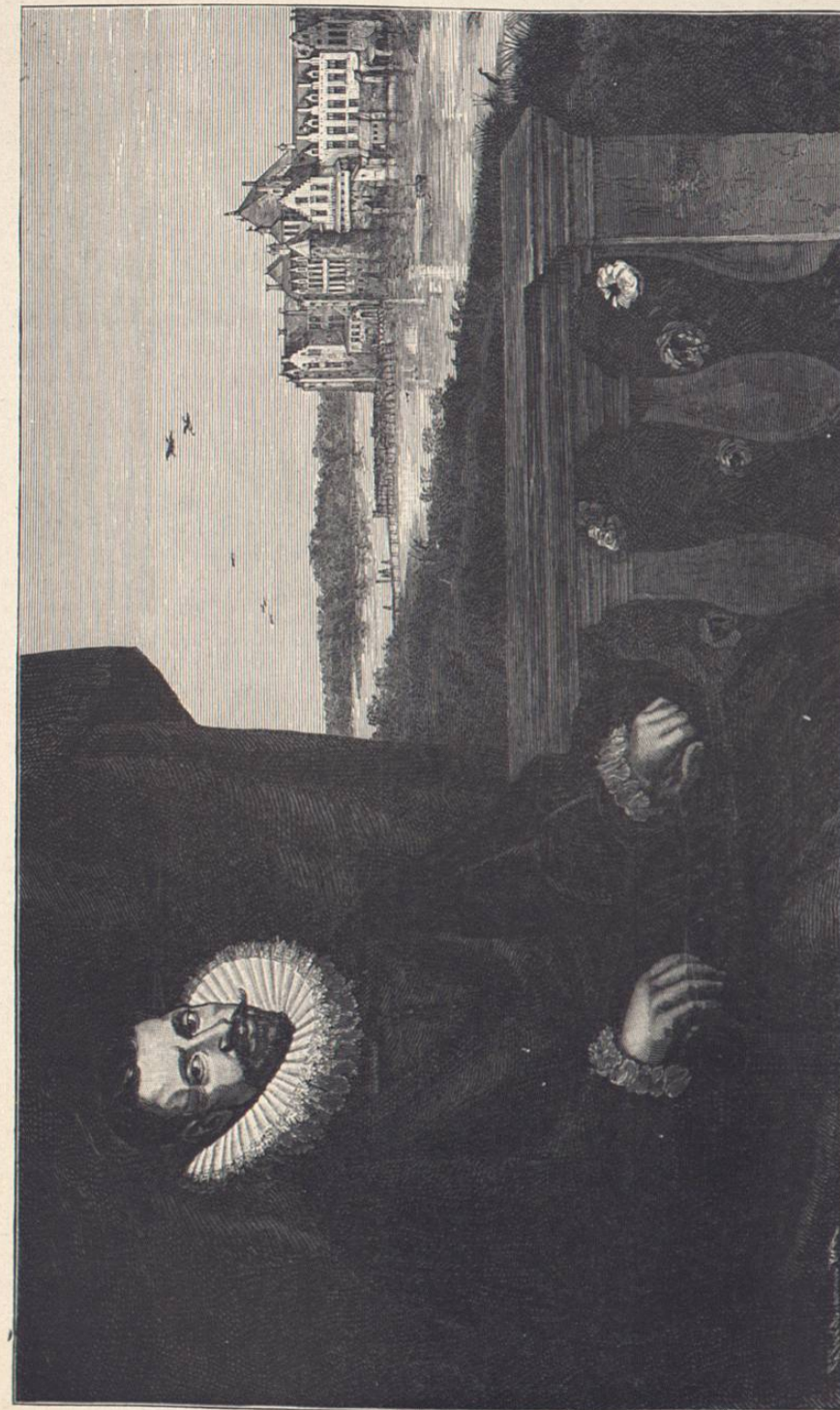
La industria y el comercio estaban en gran decadencia; la agricultura, por esta causa y por la acumulación de bienes en poder de la mano muerta, había disminuido considerablemente; las clases trabajadoras estaban sobrecargadas de impuestos; la población entera agobiada por las deudas y las contribuciones; los ingresos del Estado en parte hipotecados, en parte consumidos por empresas inútiles, por provincias extrañas y por guerras extranjeras; el genio nacional enervado por la servidumbre política y religiosa; el carácter indisciplinado, y la ambición lanzándose por falsos caminos. ¿Es de extrañar, en vista de esto, que España decayese cada vez mas del primer puesto que en la cristiandad había ocupado; que ya á fines del siglo xvi pareciese condenada á la ruina, y que de los escombros de un pueblo, en otro tiempo tan grande, solo quedara el poder sombrío de un clero fanático?

«Muchos opinan, decía Campanella en tiempo de Felipe II, que es imposible que el reino español subsista mucho tiempo, por la razón de que todos los Estados extranjeros son sus enemigos y de que sus propios territorios están muy diseminados y difieren entre sí en todo.» Esta era la verdad. Todas las partes de que se componía el reino distaban del centro, es decir de Castilla, que ocupada constantemente con el cuidado de conservarse, iba perdiendo cada día mas fuerzas. Ningun Estado, ningun pueblo ha dado nunca menos muestras de fuerza de asimilación. Las comarcas de la corona de Aragón no participaban de las ventajas comerciales que á Castilla habían proporcionado los grandes descubrimientos y colonizaciones; la ley las excluía de toda empresa en América. No era pues de extrañar que se consideraran también como extranjeras, y que no pusieran empeño alguno en la fundación de la monarquía universal castellana. Sicilia vivía también á su manera, cuidándose muy poco de la suerte de Castilla y de la de Italia. La floreciente ciudad de Milán sufría por fuerza una fuerte guarnición que vivía á costa de sus habitantes. Atroz era la servidumbre del reino de Nápoles, al cual los empleados y soldados españoles, desde el virrey al último escribiente ó tambor, trataban y saqueaban como país conquistado. La ley y el derecho se compraban allí como cualquier otra mercancía: ¡ay de aquel que no podía pagarlos! No les quedó, pues, á aquellos habitantes otro recurso mas que huir á las montañas y aumentar el número ya extraordinario de bandidos. Todo el país estaba preparado para un levantamiento.

¿Era mejor la situación de los «sumisos» Países Bajos? Sus ciudades se despoblaban de día en día á consecuencia de la intolerancia religiosa, de los crecidos impuestos, de los excesos de la soldadesca, y del bloqueo de las escuadras holandesas. En el año 1593, declábase públicamente en la Asamblea de los Estados generales de los Países Bajos dominados por los españoles: «De España no hay que esperar ayuda, el rey es demasiado viejo, lento en sus resoluciones y vacilante; su hijo demasiado joven, y el pueblo español está cansado y esquilado por los crecidos y continuos tributos; en Francia, ha triunfado Enrique de Navarra que se prepara á atacar á la Bélgica; busquémonos, pues, otro soberano; á lo menos para salvar nuestra religión católica (4).» ¡Cuán conmovedora es la descripción que hace el jesuita Antonio Crespo (5) del estado en que se encontraban las

(4) *Boletín histórico*, 1880, pág. 157.

(5) *Boletín histórico*, 1881 (octubre).



El archiduque Alberto (cuadro de P. Rubens, existente en el Museo de Pinturas de Madrid)

provincias sometidas y las comarcas dependientes de España! A ejemplo del gobernador general, los gobernadores de las ciudades y provincias ejercían un poder soberano y absoluto, esquilmando al país con sus innumerables vejaciones y haciéndolo, por decirlo así, verdadera anatomía de los pobres y de los ricos de su distrito; mas que gobernadores eran soberanos, porque ejercían su cargo toda la vida y no había ejemplo de que ninguno hubiese sido castigado por sus abusos. De aquí que los pobres abrumados de males y vejaciones (que realmente pesaban en gran número sobre ellos) no tuvieran mas recurso que clamar al cielo. Los gobernadores se aprovechaban de las cargas de la guerra para enriquecerse, pues exigían á sus esquilmdos súbditos el triple de lo que estaba mandado y se quedaban con el sobrante. Las funestas consecuencias de la lucha de los Países Bajos se dejaban sentir hasta en América y en Asia. Las indefensas colonias españolas y portuguesas eran el botín de los intrépidos marinos holandeses y zelandeses, que se iban extendiendo cada vez mas, y á costa de sus adversarios, por los territorios ultramarinos y llevaban el comercio de estos á su patria. Con creciente energía sostenían los Países Bajos libres una lucha que era para ellos manantial de bienestar. Además de los flamencos, los ingleses y los hugonotes saqueaban las colonias españolas y los berberiscos hacían sus piraterías en las mismas costas de Italia y de España.

Así terminó el reinado de Felipe II con una bancarota en el exterior, otra en su hacienda y otra de sus súbditos. Al querer este soberano someter á su reaccionario capricho á todo un mundo que enérgicamente se desarrollaba; al abusar de esta suerte de todos los recursos del pueblo que le habia sido confiado, hizo fracasar, con cortas excepciones, sus planes políticos y aniquiló por muchos siglos el esplendor y el florecimiento de la nación española. Ciertamente que en esto no hizo mas que seguir la senda que le habia trazado su padre; pero no tenía ni la profundidad de miras políticas ni la habilidad diplomática de Carlos V, que siempre habia sabido adaptarse á las circunstancias, ni poseía tampoco la actividad y las dotes militares del emperador. A pesar de su obstinada pequeñez de miras, no pudo Felipe II, sin embargo, cerrar por completo los ojos á la evidencia de los funestos sucesos. Desde el desastre de la armada Invencible se apoderó de él una tristeza que ya no le abandonó en el resto de su vida, y antes al contrario fué cada año en aumento, tristeza que alternaba con los graves males físicos que le aquejaban, es decir, con la gota, que padecía desde 1591, y con las inflamaciones y úlceras.

Pero lo que mas le angustiaba y afligia era el ver que carecía de un sucesor apto. Él, tan impasible siempre, se quejaba con lágrimas en los ojos en el seno de la íntima confianza de que Dios, que le habia favorecido con tantos reinos y soberanías, no le habia dado, en castigo sin duda de sus pecados, ningun hijo para gobernarlos, pues el infante Felipe (que despues fué Felipe III) era solo una sombra de príncipe sin aptitud alguna para gobernar. Felipe II veía condenada á perecer la creación del Habsburgo español que tantas lágrimas y tanta sangre habia costado.

Y sin embargo él tenía gran parte de culpa en que fuese tan débil el carácter de su hijo; pues este era tratado por el rey, y en su consecuencia por los ministros con premeditado desden. Felipe, que no toleraba que sus servidores alcanzasen, aunque fuese por su fidelidad y sus servicios, una importancia propia, no consintió tampoco que su hijo se crease una posición independiente á su lado. La sombría ambición que nunca le abandonó, le animaba hasta para con su propio hijo. El príncipe heredero se veía alejado, no solo de los negocios públicos, sino hasta de los placeres de la juventud,

pues la pensión que se le daba era sumamente módica. ¡Ay de aquel que solicitaba el favor del príncipe! Esto solo bastaba para que cayera en la real desgracia y fuese desterrado á una provincia lejana. De esta manera fué humillado y contrariado el bondadoso y discreto carácter del infante, y ahogada su independencia y su fuerza de voluntad. Teniendo siempre presente la desdichada suerte de su hermano Carlos, soportó todas las vejaciones y humillaciones con paciencia é indiferencia inquebrantables y se sometía resignado á todos los caprichos de su padre.

¡Y este se admiraba todavía de que su hijo no mostrase condiciones de gobierno y de mando! En tales circunstancias, bajo todos conceptos desfavorables, Felipe, que sentía disminuir cada día sus fuerzas, quiso poner fin cuanto antes á su actividad política, y facilitar en cierto modo la misión de su sucesor.

El enemigo mas peligroso para España era indudablemente Enrique IV de Francia, de suerte que si se hacia la paz con él, la lucha con los Países Bajos libres y con Inglaterra dejaba de tener el carácter funesto que hasta entonces habia tenido (1). El papa Clemente VIII aceptó gustoso el papel de mediador entre ambas potencias católicas, pues su mayor deseo era unir las en estrecha alianza para de esta suerte utilizarlas contra los herejes. Ciertamente que Enrique IV, por su alianza con Inglaterra y las Provincias Unidas, estaba obligado á no firmar paz alguna sin estos aliados; sin embargo las condiciones que Felipe, en la necesidad de tranquilidad en que se encontraba, le ofrecía eran tan ventajosas, que acabaron pronto con los escrúpulos morales del Borbon, el cual invitó, por mera fórmula, á sus aliados á entrar en el tratado; y habiéndose negado estos, prescindió de ellos y firmó, en 2 de mayo de 1598, con Felipe la paz de Vervins. De todas sus conquistas, España solo conservó á Cambray y además cedió seis importantes fortalezas de la frontera flamenca, entre ellas Calais, y las plazas que poseía en la Bretaña. La paz de Vervins fué la antitesis del tratado de Chateau-Cambresis, firmado en los primeros tiempos del reinado de Felipe. El mismo duque de Saboya, aliado de España, se vió sometido, por lo que se refería á sus pretensiones sobre el marquesado de Saluzzo, á la decisión del Papa, ó lo que es lo mismo se vió á merced del capricho de Francia. Solo para asegurar la paz y la tranquilidad del debilitado reino á su sucesor, renunció Felipe á las pocas ventajas que le habian proporcionado en Francia tanto derramamiento de sangre y tanto dinero como se habia allí consumido en el transcurso de quince años. No sin razon, pues, censuró Castilla el tratado de Vervins por considerarlo contrario á la paz y altamente desventajoso (2).

Con los Países Bajos rebeldes fué imposible la paz. Felipe, teniendo agotadas sus fuerzas y pérdidas todas sus esperanzas, no pudo firmar tratado alguno con aquel pequeño pueblo, en otro tiempo tan menospreciado, cuya dominación habia sido la tarea que no pudo realizar á pesar de destinar á ella todas las fuerzas de su reino. En vista de estas circunstancias, no quiso que la lucha contra los rebeldes pesara sobre los débiles hombros de su hijo, confiándola á un auxiliar apto. De su elección dependía la futura suerte de España, y por cierto no puede decirse que Felipe estuviese en ella muy afortunado.

El archiduque Alberto, que habia nacido en 1560, y era hermano menor del emperador Rodolfo II, se estableció siendo muy jóven en España, donde pronto se captó las simpatías de su real pariente, por haberse adaptado desde luego

(1) Las negociaciones secretas entre España y Francia comenzaron en 1596: Gachard: *La Biblioteca nacional de Paris*, I, 410.

(2) Tassis: *Comentarios*, lib. VIII, 572.